

Migración indígena

El caso de Guerrero

*Beatriz Canabal Cristiani**

RESUMEN

Este artículo tiene la finalidad de mostrar el papel que actualmente tiene la migración indígena en las estrategias de reproducción de las comunidades campesinas indígenas, migración que se realiza hacia diversos destinos, en diferentes periodos y con una duración también distinta. Ejemplificamos esta migración en la región pluriétnica conocida como la Montaña de Guerrero, donde dicho fenómeno representa uno de los elementos que generan actualmente los principales ingresos de su población y que promueve cambios sustantivos en la estructura de las familias y las comunidades y en cuanto a su percepción como población perteneciente a comunidades con un arraigo cultural singular.

Palabras clave: migración, pueblos indios, mercados de trabajo, cambio social, resistencia.

ABSTRACT

This article's aim is to demonstrate the role that indigenous migration is currently having in the reproduction strategies of the rural communities, indigenous; migration that is realized towards different destinies, in different periods from time and with an also different duration. We exemplify this migration in the well-known multi-ethnic region like the Mountain of Guerrero where this phenomenon is representing one of the elements that at the moment generate the main income of their population and that promotes changes nouns in the structure of the families and the communities and as far as their perception like population pertaining to communities with a singular cultural root.

Key words: migration, indian communities, markets of work, social change social change, resistance.

INTRODUCCIÓN

En la actualidad, la migración representa uno de los fenómenos sociales más importantes por los que atraviesa nuestra sociedad; definida, en un primer momento, como la movilización física de

* Profesora-investigadora en el Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

individuos de un espacio a otro, es un fenómeno que ahora, más que nunca, se manifiesta en diferentes dimensiones de la vida cotidiana, tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Esta mera movilización de personas implica una serie compleja de eventos que alteran las relaciones sociales, tanto en las comunidades de origen como en las de llegada; además, implica la construcción de redes sociales que posibilitan dichas movilizaciones y que inciden en una sucesión de cambios en la vida de las comunidades que atraviesan por este fenómeno.

La migración indígena se ha intensificado en nuestro país debido al predominio de un modelo económico que ha privilegiado la producción agropecuaria y forestal destinada al mercado y un tipo de producción basado más en el monocultivo, descuidando el apoyo y sostenimiento del sistema productivo campesino sustentado en la diversidad y en el mantenimiento de la producción de granos básicos para la subsistencia. La política agrícola separó a los productores entre los que habría que apoyar por ser rentables y los que habría que sostener sólo mediante subsidios insuficientes que no detendrían su quiebra al ser lanzados a una competencia mercantil en la que no tuvieron la menor oportunidad de participar con equidad.

Los precios de los granos básicos, sustento de la economía rural, bajaron y los productos comerciales de los que dependía la población campesina e indígena se deterioraron; productos como el café, el tabaco, la caña de azúcar, el cacao, el henequén, pasaron a segundo término como actividades económicas; las actividades ganaderas, forestales y artesanales que tuvieron importancia en algunas regiones se deterioraron y dejaron de generar ingresos para complementar la economía familiar. Los recursos naturales han sufrido cambios importantes. Deterioro y contaminación son los signos predominantes de un medio natural devastado, donde quedan pocos espacios que todavía se usan para seguir sembrando y extrayendo algunos productos vegetales. Otros eventos como conflictos políticos y religiosos, la falta de una cobertura adecuada en los servicios de salud, educativos, de transporte y comunicación, han sido determinantes para que la población rural indígena se decida a abandonar sus comunidades y sus regiones de origen.

Los movimientos de la población indígena se registran en todas partes del país, pero los mayores flujos migratorios se encuentran entre purhépechas, mayas, zapotecos, mixtecos de Guerrero,

Oaxaca y Puebla; mazatecos de Oaxaca; otomíes de Hidalgo, Estado de México, Querétaro, Puebla y Veracruz; nahuas de Guerrero, Hidalgo, Estado de México, Veracruz y San Luis Potosí; chinantecos de Oaxaca, totonacas de Veracruz, mazahuas del Estado de México, choles de Chiapas y mixes de Oaxaca. Esta población se ha asentado, tanto en campos agrícolas empresariales del noroeste y centro norte del país, como en las ciudades (CDI, 2006). Pero durante los últimos años ha sido visible el cambio del destino de estos flujos migratorios hacia Estados Unidos. Entre 1990 y el 2000, cerca de 400 mil integrantes de poblaciones étnicas salieron del país con rumbo a aquel país. De estados que no cuentan con población indígena local como Aguascalientes, Zacatecas, Colima, Baja California, Nuevo León y Baja California Sur, se mueve gente constantemente hacia el norte, calculada en 14 mil indígenas; en tanto que la de Tamaulipas, Durango, Morelos, Nayarit, Jalisco, Sinaloa, Tabasco, Chiapas, Distrito Federal y Quintana Roo, asciende a 24 mil en el decenio que va de 1990 al 2000 (Espinosa, 2005).

De acuerdo con el *Censo general de población y vivienda 2000*, el estado de Oaxaca se puso en la punta del proceso migratorio y les siguieron los estados de Chiapas, Veracruz, Puebla, Yucatán, Estado de México y Guerrero. Éstos contienen 80% de la población indígena total del país (INEGI, 2000).

Los procesos migratorios del estado de Guerrero han sido poco estudiados hasta ahora; algunos ensayos refieren que hay nuevos migrantes entre los nahuas y los mixtecos en Estados Unidos.

Como contraparte de este proceso migratorio, las comunidades están sufriendo por la ausencia de su población más activa y, sobre todo, de hombres jóvenes, aunque las mujeres también empiezan a irse. La estructura de edades es indicativa de esta ausencia; el porcentaje de población entre 30 y 44 años es mucho mayor en zonas rurales que en las ciudades, lo mismo que en el medio rural, la población mayor entre 45 y 59 años es más abundante. Los jóvenes entre 15 y 29 años tienen un porcentaje similar en los dos tipos de regiones: 28.1% en las rurales y 29.8% en las urbanas (Pérez, 2007).

La población indígena ha tenido diversos destinos en diferentes épocas, pero desde la década de 1950 se trasladó hacia la Ciudad de México, ya sea de manera temporal o permanente –por las condiciones favorables para obtener un empleo–, y décadas después se empezó a mover hacia los distintos municipios del Estado de

México, pues el Distrito Federal empezó a tener algunas restricciones en cuanto a posibilidades de trabajo, vivienda y servicios.

Hacia 1970, cuatro entidades del país eran las principales receptoras de la población indígena: Distrito Federal, Puebla, México y Veracruz, aunque casi la mitad se dirigía a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) a laborar en trabajos de construcción, servicios y comercio informal. Para 1980, el Distrito Federal, Veracruz, México y Nuevo León concentraban 50% del flujo inmigratorio de la población indígena, pero uno de cada tres migrantes del país se dirigían hacia la Ciudad de México y su zona conurbada como ciudad Netzahualcóyotl, Naucalpan, Ecatepec, Tlalnepantla, Atizapán de Zaragoza, La Paz, Tultitlán, Chimalhuacán, y Cuatitlán. Asimismo, la población indígena se dirigía a las capitales de su propio estado de origen. En 1990 los datos reflejan también la importancia de otros 20 polos de atracción, sobresaliendo Quintana Roo, Sinaloa y Baja California (*Investigaciones Geográficas*, 2005).

El *Censo general de población y vivienda 2000* detectó, entre los principales estados expulsores, a Oaxaca, Guerrero, Veracruz, Yucatán, San Luis Potosí, Chiapas, Puebla, Hidalgo y Michoacán. Pero, a diferencia de la década de 1970, en que la población indígena se concentraba en pocos polos de atracción, en el 2000 esta población ya se distribuía en 22 estados y el Distrito Federal (Granados, 2005)

Además de la migración hacia las ciudades, desde hace dos décadas, la región del noroeste empezó a recibir flujos importantes de población indígena destinada a trabajar en un mercado laboral muy dinámico por el desarrollo del cultivo de hortalizas de exportación. Así, se inició la contratación informal de grandes contingentes de mano de obra estacional y la población indígena de los estados de Oaxaca y Guerrero, principalmente, empezaron a acudir a estas regiones, donde con su permanencia de seis meses al año se aseguraba la cosecha, la siembra y el cuidado de dichos cultivos. Se trataba de jornaleros campesinos indígenas con necesidad de obtener ingresos y, al mismo tiempo, de regresar a sus comunidades a sembrar y a participar de sus deberes cívico religiosos. El Programa de Jornaleros Agrícolas ha sido la instancia de gobierno que ha realizado los registros de estos flujos migratorios. Según este programa, entre 1996 y 1998 llegaron a los campos agrícolas sinaloenses un promedio anual de 96 mil personas (Granados, 2005).

MIGRACIÓN INDÍGENA EN GUERRERO

Guerrero ha sido un estado deficitario en su población y sus índices de migración han aumentado por la migración internacional. En cuanto a la migración interna, los principales lugares de destino de los guerrerenses fueron, entre 1987 y 1992, Morelos (18.3%), Distrito Federal (16.2%), Baja California (12.9%), Estado de México (11.8%), Michoacán (9.2%) y Oaxaca (7.5%). Estas entidades recibieron en conjunto 81 mil migrantes originarios de Guerrero (INEGI, 1992).

Si bien la población jornalera de Guerrero había tenido como destinos principales sitios productores de café en la región de la Costa Grande y de caña de azúcar en Morelos, el desarrollo hortícola en Morelos y el noroeste provocó cambios en las opciones de los migrantes.

De acuerdo con datos publicados por INEGI (1995), se dieron cambios importantes en los destinos de los emigrantes guerrerenses situándose nuevamente el estado de Morelos en primer lugar (18.2%), pero ahora el Estado de México en segundo lugar (14.6%), desplazando al Distrito Federal, que quedó en tercer sitio (13.8%), Michoacán en cuarto (9.5%), Sinaloa en quinto (7.8%), Jalisco y Baja California descendieron hasta el sexto y séptimo lugar respectivamente. Este cambio implica la selección en el destino de la migración de familias que no son poseedoras de tierra o bien que no cuentan ya con fuentes de trabajo local aunque sea de manera temporal y que deciden migrar de manera definitiva y por más tiempo.

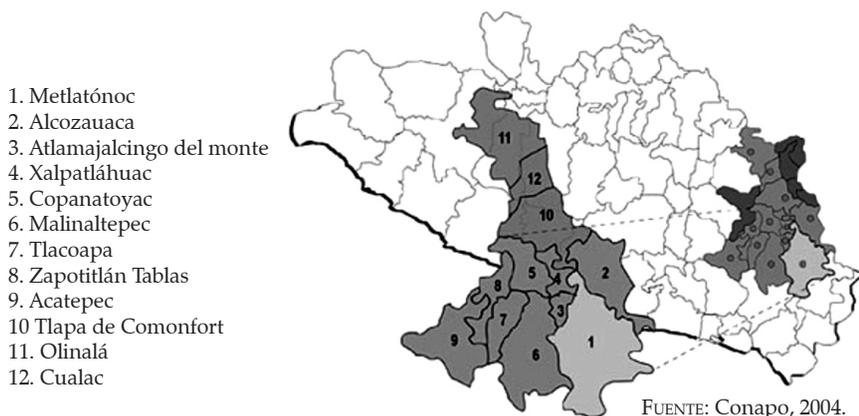
La tendencia general de los destinos migratorios se mantuvo igual entre 1995 y el 2000, ya que a Morelos emigró 22.2% de la población guerrerense, al Estado de México 19.2%, al Distrito Federal 15.6%, a Michoacán 8%, a Sinaloa 6.1% (INEGI, 2000). Los destinos principales se conservaron, incluso creció el número de migrantes. La migración internacional también se incrementó y se diversificó: 73 mil guerrerenses emigraron cada año a Estados Unidos. Guerrero ocupa el primer lugar de migración interna y el quinto lugar en cuanto a la migración internacional (INEGI, 2000).

La región de la Montaña,¹ donde habitan poblaciones hablantes de cuatro lenguas indígenas, ha sido caracterizada como expulsora de población, misma que migra hacia las ciudades, los campos agrícolas o hacia Estados Unidos –al no encontrar empleo local por la escasez de tierras productivas y por el deterioro de sus recursos. Se trata de una región maicera donde se produce para la autosubsistencia y para el comercio local a pequeña escala. Constituye una de las regiones donde no se ha invertido en obras de infraestructura y en servicios públicos, pues al haber extraído gran parte de sus recursos naturales como los bosques, su importancia económica ha disminuido, quedando como un reservorio de fuerza de trabajo. Algunos de sus municipios registran actualmente los más altos índices de marginación del país, situación que ha sido determinante también para que la migración haya crecido durante las últimas décadas.

Hay una elevada correlación entre los municipios con más altos índices de migración y los de más altos niveles de marginación de acuerdo con la información del Consejo Nacional de Población (Conapo). De los 17 municipios de la Montaña, 11 son considerados como de muy alta marginación. Metlatónoc es el municipio más pobre del país, seguido por Coicoyán de las Flores (Oaxaca), municipio colindante (Conapo, 2004).

MAPA 1

Municipios con altos rangos de marginación: Montaña Alta de Guerrero



¹ Región colindante con los estados de Puebla y Oaxaca, donde hemos realizado diversas investigaciones.

MERCADO DE TRABAJO AGRÍCOLA; EL CASO DE GUERRERO

En una investigación que ha concluido recientemente (Canabal, 2008), consideramos que los jornaleros no constituyen una masa humana que se pueda sólo cuantificar; esta población jornalera está integrada por hombres –jóvenes en su mayoría–, mujeres que integran la mitad de esta fuerza de trabajo y niños que provienen de pueblos antiguos con una cultura que los liga a la tierra, a la producción de maíz y a su territorio. La continuidad de su pertenencia se ha sustentado en la conformación de redes sociales que les permiten cierta seguridad, cierta solidaridad, pero también continuar relacionados con sus pueblos originarios.

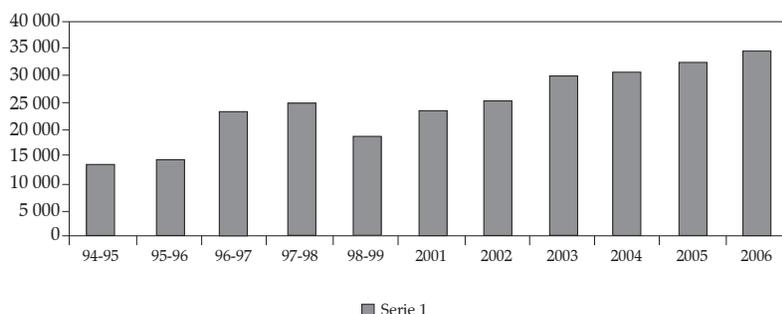
La migración jornalera desde la región de la Montaña tiene como principal destino los campos agrícolas del noroeste, sobre todo del estado de Sinaloa, ya que en dicha entidad se les ha ofrecido con mayor abundancia la oportunidad de trabajar en los tiempos llamados “muertos” en las comunidades a donde llegan después de cosechar y de donde regresan para iniciar la siembra del maíz. Los registros del Programa de Jornaleros Agrícolas detectan un aumento en el volumen de población que se desplaza hacia estas regiones agrícolas año con año.

CUADRO 1
*Número total de jornaleros migrantes
registrados de la Montaña: 1994-2006²*

AÑO	# DE MIGRANTES
1994-1995	13 358
1995-1996	13 874
1996-1997	22 805
1997-1998	23 988
1998-1999	18 771
2001	22 969
2002	24 924
2003	29 732
2004	30 382
2005	32 581
2006	34 602

² La investigación se desarrolló en los siguientes municipios de la región de la Montaña alta y Montaña baja: Acatepec, Alcozauca de Guerrero, Alpoyeca, Atlamajalcingo del Monte, Atlixac, Copanatoyac, Cualac, Huamuxtitlan, Malinaltepec, Metlatonoc, Olinala, Tlacoapa, Tlalixtaquilla de Maldonado, Tlapa de Comonfort, Xalpatlahuac, Xochihuehuetlan, Zapotitlan Tablas y Ahuacuotzingo, Chilapa de Álvarez y Zitlala.

GRÁFICA 1
Jornaleros migrantes registrados: Montaña baja y alta, 1994-2006



FUENTE: elaboración propia con base en los registros anuales del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas, delegación Guerrero.

Se trata de un tipo de migración estacional que es, actualmente, a la que más acude la población de la región y que involucra a población con tierra y que todavía la cultiva. Los jornaleros migrantes regresan en su mayoría porque tienen el arraigo que les da la posesión de una parcela agrícola.

En una encuesta realizada en los campos agrícolas del noroeste (Grammont y Lara, 2004), en cuya muestra los guerrerenses conformaron casi 30%, se concluye que la mayor parte de éstos no constituyen población "desarraigada" ya que entre 74 y 76% tiene casa en el pueblo en que nacieron y 50.5% tienen tierra, 74.8% produce maíz y frijol y 90% de ellos, trabaja su tierra. Solamente 8.4% de los mismos, ha establecido ya su hogar en las zonas de trabajo. De cualquier forma, la mayoría de estos jornaleros posee pequeñas superficies de tierra que no le garantizan el sustento para toda la familia. Esta información permite señalar que la mayoría de los jornaleros acuden durante periodos semestrales a la migración pendular que implica su reintegración comunitaria. Sin embargo, la migración permanente se ha dado conformando colonias en ciudades del estado de Morelos, en Acapulco y ahora en Sinaloa.

La frecuencia de las salidas de los jornaleros de sus comunidades hacia los campos agrícolas ha cambiado, ya que si bien en 1995 no era frecuente su salida entre abril y julio, época de siembra, este comportamiento ha cambiado entre 2001 y 2006, cuando ya se ha

registrado su salida en ese periodo del año y regresa hacia octubre para volver a salir desde noviembre. La salida de migrantes se distribuye más en los años recientes durante todo el año. Esto indica que los destinos y el tipo de migración desde la Montaña han tendido a diversificarse por los cambios de opciones en la migración que ofrece la agricultura del noroeste, con importantes transformaciones y una demanda de fuerza de trabajo más distribuida en el año y en distintos campos y entidades federales.

La proporción de mujeres que participan en este mercado de trabajo es casi similar a la de los hombres (47% y 53%), también es importante la participación mayoritaria de jóvenes y de un número creciente de niños. Esto se debe a que este tipo de migración se ha convertido a lo largo de los años en una estrategia familiar.

Entre los aspectos que influyen en una mayor ocupación de mujeres y niños para el trabajo de jornaleo agrícola están el proceso o tipo de trabajo que se realiza y el cultivo que se produce. El cultivo de hortaliza es el que más ocupa a este tipo de población en Baja California, Baja California Sur y Sinaloa. Se observa un porcentaje menor de mujeres en los estados intermedios, donde se combina la producción de hortalizas con frutales y productos agroindustriales como Morelos, San Luis Potosí, Veracruz, Jalisco y Puebla, donde hay pequeños y medianos productores con bajos niveles de inversión por hectárea, en comparación con los grandes agricultores.

La población infantil que acompaña a los padres al trabajo agrícola ha ido en aumento: es cierto que la población jornalera migrante del estado de Guerrero es joven, ya que se ha concentrado desde 1993 entre las edades de 10 a 40 años en 60%, pero hay que señalar la gran proporción de población menor de 10 años que viaja y que constituye 28% de la migración.

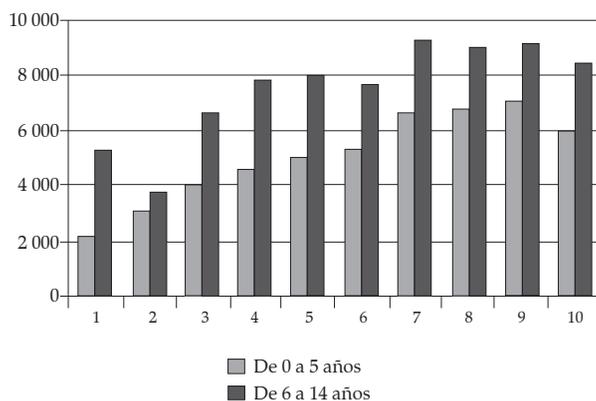
Los niños desde los 8 o 9 años se empiezan a incorporar al trabajo, pero este incremento desciende hacia 2002, seguramente por las prohibiciones existentes para el trabajo de menores de edad y por las becas y estímulos que los niños y jóvenes reciben para seguir con sus estudios, aunque puede también tratarse de un subregistro porque en los mismos campos agrícolas se intenta invisibilizar esta fuerza de trabajo. Sin embargo, este tipo de migración continúa con intensidad. Este rango debería estar desglosado, pues los niños entre 6 y 8 años podrían ir sólo de acompañantes, pero los niños de más de 8 años es posible que se incorporen al trabajo.

CUADRO 2
Comportamiento histórico de la migración por rangos de edad
(periodo 1995-2006)

CICLO O AÑO	0-5 EDAD (NÚM. DE MIGRANTES)	06-14 EDAD (NÚM. DE MIGRANTES)
95-96	2109	5276
96-97	3031	3767
97-98	3873	6631
98-99	4559	7822
2001	5057	7987
2002	5264	7641
2003	6645	9326
2004	6703	8960
2005	7099	9172
2006	5996	8390

FUENTE: elaboración propia con base en los registros del Programa con Jornaleros Agrícolas, Guerrero.

GRÁFICA 2
Niños registrados
(1995-2006)



FUENTE: elaboración propia con base en los registros del Programa con Jornaleros Agrícolas, Guerrero.

Los mercados de trabajo rurales están marcados por la flexibilidad que permite que los jornaleros se ocupen, no sólo bajo cualquier régimen de jornadas y salarios, sin contratación y sin derechos laborales, sino que fomenta también que trabaje toda la familia con ventajas para los productores: trabajan los niños que son apoyados y ayudados por sus padres, trabaja la mujer, quien además de trabajar en las labores del campo, ejerce trabajo reproductivo. Los jornaleros buscan este tipo de arreglo, pues sienten que ganan más dinero al pagarles a todos un jornal, piensan que pueden ahorrar más que cuando se marchan solos y tienen que incurrir en gastos de vivienda y comida. Cabe aclarar que las condiciones de flexibilidad laboral, la diversidad de destinos y la contratación por temporada, evita que los migrantes cuenten con prestaciones como pueden ser la jubilación o algún tipo de indemnización por parte de los patrones en caso de accidente, por lo que las percepciones que obtienen se reducen al tiempo de vida útil de un jornalero.

En términos generales, la presencia de las instancias gubernamentales enfocadas al respeto de los derechos humanos ha sido muy precaria. A pesar de que han hecho algunas recomendaciones, las acciones con resultados efectivos han sido prácticamente limitadas, dadas las dimensiones del problema. Muchos obstáculos, apatía, desdén, y muchos intereses económicos y políticos de por medio, han bloqueado dicha posibilidad que no está minada completamente. Organizaciones sociales, grupos en instancias gubernamentales y no gubernamentales han logrado ya divulgar esta problemática y mejorar algunas condiciones de trabajo y de vida de los jornaleros; han logrado que se diseñen políticas en su favor, pero éstas tienen limitaciones porque no se trata de un sector que interese a los gobernantes en la actual correlación de fuerzas que define al Estado mexicano (Canabal, 2008).

En años recientes ha sido importante el apoyo a los jornaleros mediante diversos programas, pero los esfuerzos no han sido suficientes ya que actualmente continúan muchos rezagos en cuanto a las condiciones de vida y laborales de esta población, mientras que el presupuesto para los programas va descendiendo. Por un lado, estamos hablando de una problemática demasiado amplia, compleja y dinámica que aún no termina de ser comprendida. Sin embargo, creemos que existen muchos factores que, al ser modificados,

podrían lograr cambios sustanciales sobre las condiciones de vida que enfrentan las comunidades migrantes.

Una opinión muy generalizada es que la aplicación de los programas para los jornaleros muestra una descoordinación muy grande entre las instituciones que colaboran en este frente de acción o bien, entre los estados de origen y destino de esta fuerza de trabajo. El verdadero apoyo debe iniciarse desde que los jornaleros bajan de sus comunidades, pero debe hacerse de manera coordinada con las instituciones de los lugares de destino.

Si tomamos en cuenta que a pesar de que muchos de estos programas cuentan con lineamientos y propuestas interesantes y con una planeación muy desarrollada, los resultados siguen presentándose muy por debajo de sus expectativas originales, sobre todo porque no afectan elementos sustanciales como las condiciones laborales en las que estas familias jornaleras realizan su actividad.

La necesidad de generar organizaciones para representar a los jornaleros agrícolas ha sido expresada por diferentes agentes de la sociedad civil, por grupos de trabajadores y dirigentes políticos que han criticado el estado que guardan sus derechos como trabajadores y ciudadanos. Sin embargo, el proceso organizativo jornalero se ha enfrentado a los intereses de los empresarios ligados a los de organismos político-corporativos como la Confederación de Trabajadores de México (CTM), que controla la titularidad sindical en los campos agrícolas de Sinaloa (Canabal, 2008).

Hay procesos organizativos que pretenden la defensa de los jornaleros a partir de un reconocimiento de su particularidad étnica, aunque persisten otros que privilegian su condición de asalariados. Dichos procesos se relacionan con una mirada distinta en cuanto a la percepción de los jornaleros como actores sociales, ya que mientras una vertiente los señala básicamente como trabajadores, otra revisa con más detalle su procedencia étnica como sello de sus condiciones de trabajo y de vida en los lugares de trabajo. Otra vertiente más, considera que se deben defender los derechos de estos trabajadores desde que salen de sus comunidades. En la primera, es importante el lugar que ocupan frente a los medios de producción como fuerza de trabajo y, en las otras dos, es importante también su origen. Se trata de procesos organizativos que tienen grandes obstáculos para su desarrollo porque, en primer lugar, se enfrentan a los intereses del gran capital agroindustrial y de las organizaciones empresariales

del noroeste, que fincan sus beneficios en la explotación de la fuerza de trabajo de una población necesitada de empleo y de ingresos, también confrontan la gran movilidad de esta fuerza de trabajo y la dificultad que encuentra en disponer del tiempo y los recursos necesarios para participar en dichos procesos organizativos. Por esta razón se ha desarrollado más la organización de las familias jornaleras establecidas en las entidades receptoras.

MIGRACIÓN INDÍGENA EN LAS CIUDADES

De acuerdo con el *Censo general de población y vivienda 2000*, la población se ha concentrado mayoritariamente en las ciudades y lo mismo ha empezado a suceder con la población indígena: si en 1990 casi 70% (66.7%) vivía en localidades rurales de menos de 2 500 habitantes, para el 2000 esta proporción disminuyó a casi 60% (59.8%). Ya “es común encontrar en casi todas las ciudades del país hablantes de lenguas indígenas, muchos de ellos provenientes de regiones distantes, lo cual ha intensificado el contacto intercultural en las ciudades. En la Ciudad de México, por ejemplo, vivían (en 2002) 141 710 indígenas que hablan en casi todas las lenguas indígenas que existen en el país (Pérez, 2007).

En el México de hoy, Valencia Rojas identificó por lo menos 106 áreas en las que existen ciudades en torno a las cuales se generan dinámicas económicas propicias para la atracción de población indígena migrante. Dichas ciudades, según el caso, están asociadas a desarrollos agrícolas, industriales, turísticos y de vías de comunicación, entre otros (Valencia, 2000). Además de la Ciudad de México, Monterrey y Guadalajara –cada una junto con sus zonas metropolitanas– constituyen las más importantes zonas de atracción de migrantes indígenas. Hoy, otras ciudades están adquiriendo características de megalópolis, dado que han sido destinadas a descentralizar la Ciudad de México como Toluca, Cuernavaca, Pachuca, Puebla y Tehuacan, entre otras, o que forman parte de corredores agroindustriales y comerciales como Morelia, Celaya, Uruapan, Zamora y Tepic, entre otras. En ellas se dan procesos migratorios diferentes, según eventos y circunstancias específicas, que pueden ser rural-urbanos, urbano-rurales, urbano-urbanos y

hasta circulares. En esas rutas migratorias participan los indígenas (Espinosa, 2005).

La migración rural y la indígena hacia las ciudades han tenido lugar desde hace décadas, y si bien se trataba al principio de opciones individuales para buscar trabajo en el servicio doméstico y la construcción, o en el comercio ambulante, más tarde esta opción se empezó a dar en pareja y después en familia a partir de las redes tejidas desde sus pueblos. Este es el caso, por ejemplo, de migrantes del pueblo de Acatlán, Guerrero, quienes han trabajado por décadas en el Departamento de Limpia de la Ciudad de México y a partir de las posiciones que ahí han conquistado y de las redes que han establecido, continuaron con esta migración. Habitan en una colonia de Ciudad Netzahualcóyotl, Estado de México, mantienen lazos con su pueblo náhuatl y tienen su propia fiesta en la ciudad, rearmando "la danza de los maromeros" con ingredientes más urbanos. Ya no son netamente de Acatlán y cuando van a su pueblo, son señalados como los que vienen de la ciudad. Pero en la ciudad también son distintos; mantienen lazos familiares y de cooperación entre ellos en su colonia. Siguen siendo los nahuas de Acatlán, Guerrero.

La población indígena migrante que se ha asentado en el centro de la ciudad y en la periferia ha conformado comunidades en edificios o en terrenos baldíos donde recrea algunos de sus hábitos, pero donde también es influenciada por el mundo de la pobreza urbana y está expuesta a la mendicidad, la vagancia, la prostitución, la drogadicción y la violencia, sobre todo los jóvenes. Las ligas de estas comunidades mazahuas, otomíes, triquis, mixtecas con sus comunidades originales, les ayudan a seguir de alguna manera cohesionadas, pero esto no es muy claro entre los jóvenes indígenas que ya nacieron en la capital.

Sin embargo, estos grupos han podido conformar organizaciones que presionan para que se les reconozca como pueblos de migrantes, con su cultura propia y necesidades de apoyos especiales para obtener vivienda, empleo, capacitación en algunos oficios, financiamiento para mejorar su producción o las formas de comercialización en sus trabajos artesanales. Han requerido mejores condiciones para el mercadeo ambulante y también han obtenido apoyos para promocionar su música y sus fiestas.

Estos grupos se han organizado, tienen sus propias demandas como grupos étnicos que viven en la ciudad, proponen proyectos

y son apoyados por asesores, ONG, por el gobierno en el caso de la Ciudad de México o bien por fundaciones. Aquí quieren vivir y vivir mejor, quieren vivir siendo pueblos indios de la ciudad.

Las mujeres indígenas empezaron a migrar desde la década de 1960, y este proceso se ha intensificado integrándose a mercados de trabajo que no requieren calificación ni escolaridad, al trabajo doméstico y al ambulante. La tendencia de la migración entre las mujeres ha aumentado y es superior al porcentaje de los hombres. Esta tendencia ha sido una constante ya que se observó en México una movilidad de las mujeres mayor que la de los hombres; tanto, que se puede hablar de un ligero predominio de este fenómeno en América Latina respecto de las corrientes migratorias internas. Sin embargo, las mujeres migran menos preparadas para trabajar en mejores condiciones.

Los hombres, y en particular las mujeres de las familias de migrantes que se asientan en la ciudad, han puesto en práctica una gran diversidad de estrategias de sobrevivencia y se conoce que en algunos casos participan de las actividades agrícolas o artesanales que les son transmitidas por los habitantes de los pueblos originarios, ya sea en agricultura o en trabajos artesanales.

La mujer migrante está muy presente en la ciudad; es muy activa. En general, en el país, los hogares encabezados por mujeres han aumentado de 2.8 millones en 1990, a 4.6 millones en el 2000, aunque son los hogares que cuentan con los ingresos más bajos porque tienen como rasgo principal que no cuentan con otro ingreso. La feminización de la pobreza es visible en las áreas del Centro de la Ciudad y en las zonas periurbanas.

La mujer migrante llega a habitar el Centro de la Ciudad donde trabaja de ambulante, haciendo y vendiendo sus artesanías o bien se asienta en la periferia donde se convierte en colona demandante de servicios y donde su familia recupera limitadamente sus atributos rurales.

Actores indios en las ciudades, migrantes que en las zonas periurbanas convierten a la ciudad en espacios vivos, productivos, le dan un aire más rural, su paisaje se transforma. Nos acostumbramos a ver solares parecidos a los de la Montaña de Guerrero en la concentración urbana de Acapulco, donde migrantes indígenas han formado colonias, se organizan y recrean espacios de traspatio con animales y plantas. Habitantes nuevos que han forzado el impulso

de políticas públicas y carteras específicas para la atención de la población indígena en estos núcleos urbanos.

La identidad india en las ciudades se ha reformulado por movimientos sociales urbanos surgidos desde la década de 1970, que apoyaron a la población migrante establecida en la periferia de las ciudades en busca de tierra para asentarse, de vivienda y servicios; por el movimiento de pueblos indios que cobró fuerza en 1992 cuando los pueblos viejos y migrantes de la ciudad de México participaron en la resistencia a la celebración de los 500 años de la Conquista española y que prendió la mecha para empezar a reconocer los derechos de los pueblos indios en sus lugares de origen y también en los de destino.

Así se ha ido tejiendo una identidad novedosa sustentada también en el apego o referencia a los nuevos espacios que se han ocupado y en el que los migrantes rehacen sus relaciones sociales, ya sea con sus mismos paisanos –en el caso de que se ubiquen cerca– o bien con gente proveniente de otros sitios.

Los migrantes de origen rural/indígena que llegan al Puerto de Acapulco³ provienen de regiones productoras de granos básicos o productos comerciales cuya rentabilidad se ha venido abajo y/o que han sufrido un grave deterioro en sus recursos, mismos que se vuelven insuficientes para dar sustento a una población que siempre ha tendido al crecimiento.

Actualmente existen colonias que se han formado con la población que proviene básicamente de las zonas indígenas del estado de Guerrero, la Montaña, la Costa Montaña y la región nahua del Alto Balsas. Inicialmente no se trasladan las familias completas hacia Acapulco ya que en las comunidades se quedan los abuelos y los niños de manera provisional pues, más tarde, los adultos vuelven por ellos.

En el puerto predominan las ocupaciones del sector terciario. Los datos muestran un elevado porcentaje de personas ocupadas y asalariadas sin prestaciones en el puerto que oscila entre 59 y 65% en el 2004 (INEGI, 2004).

³ El trabajo de investigación en Acapulco ha sido realizado con la doctora Gabriela Barroso de la Universidad Autónoma de Guerrero.

Los trabajos a que ha tenido acceso la población indígena en esta ciudad constituyen una gama de ocupaciones que rayan en la informalidad como albañilería, herrería, mecánica, limpieza y servicio en sitios públicos, comercio ambulante (compartido también por las mujeres, ya sea en la ciudad o en la playa, lugar donde ellas venden productos alimenticios o artesanales, elaboran “trecitas”, aplican tatuajes y dan masajes). También trabajan en labores de limpieza en hoteles, restaurantes o casas particulares.

En el 2002 se realizó una encuesta en la colonia Chinameca (de migrantes de origen mixteco en su mayoría) en la que resaltan los siguientes resultados: 61% de los padres de familia entrevistados se dedican a la venta ambulante, 31% a la albañilería y 8% eran obreros. En el caso de las madres de familia, 75% eran vendedoras ambulantes, 19% amas de casa y 6% obreras. Un porcentaje importante de mujeres, sobre todo de jóvenes solteras, se dedica al servicio doméstico (Encuesta Barroso, 2002).

La calidad de vida de estos trabajadores en la colonia Chinameca se ubica entre las más bajas del puerto. “La colonia Chinameca, al igual que otras colonias indígenas de Acapulco, carece de servicios elementales. Además, los jóvenes se ven forzados a dejar de estudiar para integrarse a los sectores informales o formales de trabajo, o bien, a emigrar a Estados Unidos” (Barroso y García, 2003:6).

La situación de las familias de esta colonia se vuelve más crítica cuando la mujer se convierte en la cabeza del hogar, ya que sus condiciones de indígena y mujer migrante sin estudio o capacitación, le impiden insertarse en un mercado laboral ya comprimido, pero además, *per sé* discriminatorio.

Las mujeres han desempeñado un papel definitivo en los procesos migratorios, ya sea como migrantes o como parte de una pareja que “espera al marido” y toma las riendas de la casa, del traspatio y, de ser el caso, de la parcela. La migración de las mujeres indígenas hacia las ciudades se inició hace décadas y se trató en principio de mujeres jóvenes que se trasladaban a las ciudades insertándose en el servicio doméstico, en el comercio ambulante o en la prostitución. En el primero de los casos, se ha tratado de mujeres jóvenes y solteras, mismas que son desechadas cuando pierden dicha condición; el comercio ambulante es un oficio peligroso y lleno de sobresaltos, pues es perseguido y compite con otro tipo de comerciantes en la vía pública. Al último oficio se integran mujeres indígenas que llegan

a las grandes ciudades y que, en algunos casos, pasan a engrosar las filas de las sexoservidoras en lugares de tránsito, mercados o en zonas específicas.

Pero un rasgo importante que cambia la vida de estas mujeres es su necesaria incorporación al mercado de trabajo para complementar el ingreso del marido, regularmente bajo y nunca fijo y para poder vivir en Acapulco, donde se enfrentan a necesidades económicas que no tenían en sus comunidades, como el pago de vivienda, de servicios urbanos y la compra de comida. Los ingresos que generan estos empleos y las condiciones de vida que privan en sus colonias ponen de manifiesto un fuerte deterioro en sus niveles de bienestar y una gran polarización en relación con otras zonas del puerto.

Sin embargo, los indígenas residentes manifiestan que a pesar de estas condiciones laborales tienen acceso a un ingreso y a servicios en las colonias: los hogares indígenas en la colonia Chinameca, por su parte, cuentan con vivienda, agua, luz, drenaje y escuelas primarias, aunque con muchas deficiencias.

La educación formal se ha convertido en una estrategia fundamental para las mujeres indígenas migrantes, ya que consideran que de esta manera sus hijos tendrían la posibilidad de una mejor inserción en el mercado laboral del puerto. Si bien “no todos los y las jóvenes indígenas de Acapulco terminan sus estudios, hay técnicos y profesionales con licenciatura como médicos, arquitectos, abogados y profesores, aunque en un porcentaje mínimo de la población” (Barroso y García, 2003:10).

En las colonias hay nuevas formas de vivir y defender la conformación de su nueva identidad como indígenas de Acapulco; prueba de ello son las cuatro escuelas primarias bilingües que existen en el puerto.⁴ En estas colonias se refuerza en sus escuelas el orgullo por ser gente indígena. Se trata de escuelas que han sido promovidas por profesores provenientes de la región de la Montaña y que con mucho esfuerzo han sido reconocidas por la Secretaría de Educación Pública. A dichas escuelas asiste un número importante de niños de origen “montañero” de las colonias indígenas y un número menor de niños mestizos.

⁴ En la colonia Hermenegildo Galena (náhuatl), otra en la Chinameca (lengua mixteca, savi) dos en la colonia Zapata; Unidos por Guerrero y la Nueva Generación, la Sabana.

Esta propuesta ha generado entre sus promotores una gran cantidad de gestiones, una lucha sin tregua para convencer a propios y extraños de su validez como opción educativa, para lograr apoyos y para ponerlas a funcionar. Las escuelas son modestas pero los maestros que las han proyectado se muestran orgullosos de lo que han logrado, con la seguridad de que sus objetivos son claros: “preservar, rescatar y revalorizar sus raíces y su cultura”, según uno de sus profesores.

La escuela, la casa, la colonia, son los espacios donde los niños y jóvenes indígenas encuentran comprensión y solidaridad. Las escuelas bilingües cumplen también la función de reunir a los padres de familia y a los colonos en general para recibir cursos y participar en talleres sobre distintos aspectos como nutrición, salud o agricultura y para gestionar servicios de urbanización para las colonias como pavimentación, recolección de basura o alumbrado público, entre otros. Se está conformando un espacio de encuentro de los colonos. En estas reuniones colaboran activamente profesoras y mujeres que tienen ya posiciones importantes entre sus parientes y vecinos por su participación económica y social. Estos espacios de socialización se están ligando con organismos gubernamentales, académicos y no gubernamentales que los acompañan, cuestión trascendente, pues relacionan su propio acercamiento colectivo identitario con alianzas que les abren el panorama de reflexión hacia problemáticas comunes con otros grupos, pueblos y organizaciones.

En otra de estas colonias (Unidos por Guerrero), desde el 2002 se ha organizado una Comisaría al estilo de las de las comunidades de la Montaña. Como si estuvieran en sus pueblos, los y las indígenas se reúnen cuando dicha Comisaría los cita. En plena calle, con un alumbrado público mínimo, hablan en su propia lengua mixteca, nahua y tlapaneca, aunque también asisten mestizos.

Pero la Comisaría Indígena está integrada principalmente por colonos indígenas, lo cual conlleva de suyo una esencia cultural propia. Este factor cultural da identidad y fortaleza a la organización. En un censo levantado a petición de la Comisaría Indígena en junio de 2007⁵ se muestra que en esta colonia existe una población rica y

⁵ Censo socioeconómico y demográfico de la colonia Unidos por Guerrero, levantado por el CA-111-UAGro, junio de 2007.

compleja por su multiculturalidad, de los que hablan una lengua indígena: 49% son mixtecos, 15% son nahuas, 10% tlapanecos y 3% amuzgos.

La Comisaría Indígena se ha convertido en un medio para canalizar las demandas de los mestizos que también viven ahí. Se ha convertido también en una escuela donde se aprende a luchar más allá del pueblo de origen; si bien se retoman formas propias de organización, también se reconfiguran y se adaptan al lugar donde se vive.

A diferencia de sus pueblos de origen, la asistencia de las mujeres a las reuniones colectivas citadas por la Comisaría Indígena es elevada. Quizá la participación en voz no lo es tanto, pero están presentes. Cabe destacar que si bien en los pueblos no es muy usual que en los cargos de las comisarías participen las mujeres, en la Comisaría Indígena de Unidos por Guerrero participa una mujer como secretaria.

En esa secretaría se han organizado talleres especializados para las mujeres, pláticas, conferencias de divulgación, entre otras actividades. La participación juvenil en las reuniones y actividades de la Comisaría Indígena, es muy escasa, quizás porque no se sienten tan identificados con los pueblos originarios de sus padres ni con su cultura.

REFLEXIÓN FINAL

Hoy las sociedades rurales están sufriendo grandes transformaciones y entre ellas el tránsito de población, que posee un movimiento de mayor intensidad para satisfacer sus necesidades de consumo, ahorro e inversión y mejorar sus niveles de bienestar, pero también para tener acceso a mejores servicios y condiciones de vida.

Es importante reconocer a los jornaleros como actores sociales cuya vida se desarrolla entre el mundo del trabajo y el de sus comunidades de origen. Esta doble circunstancia define su identidad y es ella, en continua transformación, la que orientará sus intereses y su acción social. Se mudan temporalmente hacia los campos del noroeste llevando consigo su carga identitaria, que se confronta cotidianamente con nuevos elementos al contacto con nuevas circunstancias.

Estos cambios se dan en toda la población y con mayor fuerza entre jóvenes y migrantes, aunque también las mujeres que se quedan empiezan a tener nuevos papeles en la familia y la comunidad y tienen mayor presencia económica y en la toma de decisiones.

Hay cambios visibles que se pueden advertir entre la población migrante hacia Estados Unidos o hacia las ciudades; hay cambios más lentos entre los migrantes que acuden a los mercados de trabajo rural pero, sin duda, el medio rural e indígena ha sufrido, durante los últimos años, transformaciones radicales que están todavía por reconocerse. En este sentido, el caso de los jóvenes es particular pues, de acuerdo con circunstancias especiales, pueden tomar diversos caminos, algunos que los ligan más con sus comunidades, otros que los alejan definitivamente de ellas. Quizás esta doble vía no debiera verse como líneas en un sentido opuesto. Hay jóvenes que cambian necesariamente al contacto con las ciudades o con otras realidades pero que pueden coincidir con algunas propuestas de las organizaciones indígenas en las ciudades o en los lugares de destino y mantenerse ligados a sus comunidades de origen (Pérez, 2007).

El abandono de los rasgos básicos de la identidad étnica no debiera buscarse en algún factor determinante sino en una combinación de elementos relacionados con las condiciones económicas, de acceso a servicios educativos y de salud, con los niveles de discriminación que los migrantes encuentran en su lugar de destino.

En algunos de estos jóvenes, el acceso a la educación superior, a carreras técnicas como la computación o las especializaciones agropecuarias, los aleja de sus comunidades de origen e incluso de sus familias, lo que los hace renunciar a su identidad cultural y hasta romper con los lazos familiares y comunitarios [...] Entre otros jóvenes indígenas, sin embargo, el acceso a otros niveles de conocimiento y educación los compromete con su identidad cultural. De ese sector joven indígena es que salen cada vez más los antropólogos, los ingenieros, los agrónomos, los escritores en lenguas indígenas, los intelectuales, los funcionarios públicos y hasta los líderes de las crecientes organizaciones políticas de indígenas en México, todos ellos comprometidos con un proyecto de reivindicación cultural y política de sus pueblos [Pérez, 2007:79-80].

Acapulco ofrece a las mujeres migrantes nuevas oportunidades para obtener una ocupación remunerada, el acceso a la educación, a una mejor alimentación y a mejores condiciones de salud. Les ofrece también mayor autonomía frente a la decisión de casarse y tener hijos. Negocian y renegocian su condición de mujeres, viven una doble presión ante un núcleo de parentesco que proviene de la misma comunidad y que esperaría de ellas los mismos comportamientos de sus madres y abuelas; un medio donde también conviven con otras personas y están más influenciadas por los medios de comunicación y la moda que hablan de comportamientos más modernos y de otro tipo de mujeres más emancipadas.

La población de estas colonias se asume como indígena, lo que implica, por una parte, orgullo por su pertenencia étnica, por sus orígenes y, por otra, un sentimiento de extrañeza, de "humillación" por dicha pertenencia en una ciudad tan cosmopolita como Acapulco. Esta población está consciente de que su origen y condición determinan, en gran medida, los empleos a que tendrá acceso y que éstos serán los más riesgosos en términos de continuidad, seguridad e ingresos.

Si bien hay cambios importantes entre los indígenas migrantes, su lucha es constante e intensa, incluso en este nuevo medio al que pretenden integrarse. De hecho, puede señalarse que las mujeres migrantes renuevan e inventan estrategias de vida de acuerdo con las posibilidades de trabajo que se les abren en el puerto, mismas que incluyen el servicio y la venta de cualquier tipo de productos en un mercado de consumidores amplio y diverso. Su lucha incluye superar las limitaciones y prejuicios que esta nueva sociedad, a la cual ya pertenecen, les impone ante su condición de indígena, trabajadora y pobre.

Hasta ahora, sólo un número muy reducido de mujeres logra alcanzar las metas en formación, capacitación y reconocimiento que se han trazado.

[La migración] afecta los modelos culturales, desde los más cotidianos y domésticos –patrones alimenticios, casa, vestido, estructuras parentales, estrategias de relación, hábitos, concepciones del mundo, sistemas cognitivos, entre otros–, pasando por los colectivos y públicos de carácter comunitario, hasta los simbólicos (entre los que se encuentran los factores identitarios, los procesos lingüísticos, las relaciones

interétnicas, las percepciones sobre los nuevos ambientes y espacios sociales, la reclasificación de los elementos culturales propios y de los contextos emergentes, la adaptación y cambio cultural, entre otros aspectos (Nolasco, s/f:4).

La identidad de los migrantes está definida por su propia mirada y por la de los demás. Viven como pobladores “de fuera”, “ajenos”, a pesar de ser considerados como residentes. Viven con lazos comunitarios que los amarran cada vez menos a sus lugares de origen: la mayoría de los jóvenes, aunque lo reconocen, advierte que su lugar de destino ya está en el puerto y que es ahí donde quisiera tener mejores oportunidades para desarrollar su vida.

Se construyen, sin duda, nuevas identidades ante la llegada y la consolidación de poblaciones con diversos orígenes a lugares con relaciones sociales ya estructuradas de determinada manera, pero no para siempre, y es claro que sus demandas incorporan su condición de trabajadores, colonos, indígenas, hombres, mujeres y jóvenes.

BIBLIOGRAFÍA

- Barroso, Gabriela (2002), *Encuesta a hogares indígenas de la Chinameca*, Acapulco, Guerrero.
- y Beatriz Canabal (2006), entrevistas colectivas a mujeres indígenas migrantes, Colonia Unidos por Guerrero, Acapulco, 13 de marzo y 30 de junio.
- Barroso, Gabriela y Nicolasa García, “De Tlaxco a la Chinameca. Migrantes *ñuu savi* en Acapulco”, mecanoescrito, s/f.
- Canabal Cristiani, Beatriz (2002), “La población migrante de la Montaña de Guerrero y sus ámbitos de reproducción social”, en Arturo León, Beatriz Canabal Cristiani, Rodrigo Pimienta Lastra, *Migración, poder y procesos rurales*, UAM/Plaza y Valdés, México.
- (2008), *Hacia todos los lugares... Migración jornalera indígena de la Montaña de Guerrero*, en prensa.
- y Gabriela Cristina Barroso (2006), “Mujeres y migración de la Montaña de Guerrero”, *Veredas. Revista del pensamiento sociológico*, año 7, núm. 13, UAM-Xochimilco, México.
- Censo socioeconómico y demográfico de la colonia Unidos por Guerrero*, levantado por el CA-111-UAGro, junio de 2007.

- Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (2006), "Foro sobre migración indígena", Tijuana, Baja California, 28 y 29 de septiembre.
- Espinosa, Jorge Luis (2005), reportaje, *El Universal*, 27 de enero.
- Grammont, Hubert Carton de y Sara María Lara Flores (2004), *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México*, IIS-UNAM, México.
- Granados Alcantar, José Aurelio (2005), *Investigaciones geográficas*, **Boletín** 58, UNAM, México.
- INEGI (1992), *Encuesta nacional de la dinámica demográfica*, México.
- (1995), *Migración reciente en México*, México.
- (1997), *La migración en México. Indicadores estadísticos*, México.
- (2000), *XII Censo general de población y vivienda*, estado de Guerrero, México.
- (2004), *Encuesta nacional de empleo urbano*, México.
- y STyPS (1999), *Encuesta nacional de empleo*, México.
- Lara Flores, Sara María (2006), "Mercado de trabajo rural, nuevos territorios migratorios y organizaciones de migrantes", ponencia presentada en el Quinto Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios del Trabajo, Oaxtepec, México.
- Nolasco, Margarita y Miguel Rubio, "La migración indígena: causas y efectos en la cultura, en la economía y en la población. Etnografía de las regiones indígenas ante el nuevo milenio", s/f.
- Pérez Ruiz, Maya Lorena (1993), "La identidad entre fronteras", en Bonfil Batalla, Guillermo (coord.), *Nuevas identidades culturales en México*, CNCA, México.
- (2007), "Metropolitanismo, globalización y migración indígena en las ciudades de México", *ViaLibre. Cuadernos de estudios sociales urbanos*, núm. 1.
- Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas, delegación Guerrero, varios años de registro (1995-2006).
- Rivera Salgado, Gaspar, *Las organizaciones y redes de migrantes indígenas en los Estados Unidos*, FIOB, México, s/f.
- Sistema Nacional de Información Municipal, con base en el *XII Censo General de Población y Vivienda*, INEGI, 2000 y al Consejo Nacional de Población, México, 2004.
- Valencia Rojas, Alberto (2000), *La migración indígena a las ciudades*, INI, México.